

UNIVERSIDAD Y DESARROLLO EL HORIZONTE DE LA ACTIVIDAD Y NUESTRAS RESPUESTAS

Por: Raúl Paniagua Bedoya

Docente de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Universidad de Cartagena

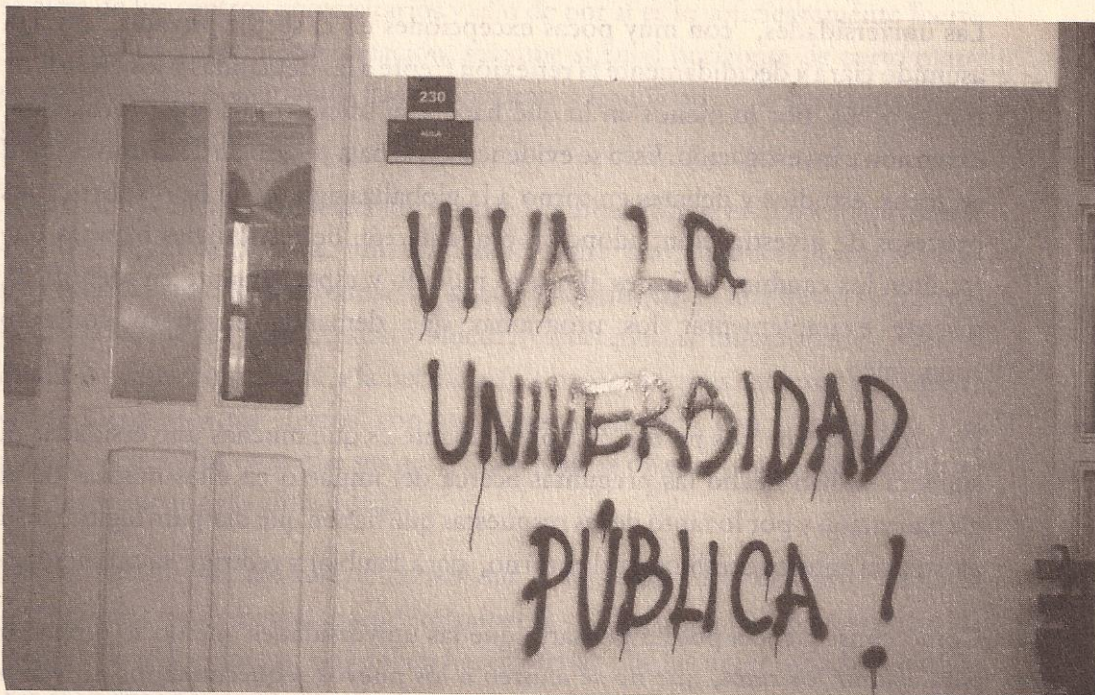


FOTO: CARMEN CABRALES

Resumen

En la última década la sociedad colombiana ha registrado trascendentales cambios, tanto en su estructura económica como política, pero parece que para muchas universidades, especialmente oficiales, en estos años no hubiera ocurrido nada. Existen suficientes evidencias que permiten afirmar que las universidades no han asumido con decisión y responsabilidad los cambios que en su interior deben ejecutar para responder a las transformaciones que cada día se realizan en el entorno local, nacional y global. En el presente ensayo se hace un rápido repaso a los cambios ocurridos en la estructura económica, impulsada por el fenómeno de la globalización y se describen las consecuencias que este tiene para las universidades.

1. Las Universidades para el Siglo XXI y los Retos de la Globalización

Tenemos un poco más de 10 años de haber empezado en el país el proceso de globalización y aún con grandes dificultades y con enormes costos se sigue pensando, en algunos sectores, las formas de obviar o enfrentar este reto. Sólo en forma reciente y creciente se está pensando en cómo colocarnos, en las mejores condiciones, ante este proceso, que hoy parece irreversible y masivo, que está involucrando a todo el mundo, a todos los sectores y a todas las actividades.

Las universidades, con muy pocas excepciones en el sector privado, no han asumido clara y decididamente la reflexión frente a las demandas y los efectos de este proceso, por lo menos en lo que hace a su oficio tradicional: formación, extensión e investigación. Esto se evidencia en la baja presencia de la universidad en foros, estudios y debates en torno a la globalización, en el bajo aporte a los procesos de investigación, adopción o adaptación de tecnologías blandas que faciliten los cambios y ajustes al nuevo modelo y especialmente en identificar, diseñar e implementar los programas que demanda el nuevo contexto económico.

De pronto lo que nos parece más preocupante es que muchas universidades ni siquiera se han hecho las preguntas acerca del impacto en ellas mismas de la globalización y por lo tanto de las respuestas que tienen que dar para legitimar su existencia ante los cambios en el entorno, para cambiar y redirigir su actuación.

Como consecuencia podría pensarse que las universidades que no se preparen para asumir los retos, que no se ajusten a los nuevos requerimientos no van a estar en las siguientes décadas y obviamente seremos testigos de su cierre.

Las transformaciones que están ocurriendo en la economía mundial, en los procesos de producción, distribución, consumo, telecomunicaciones, informática, recreación, etc. no sólo están cambiando radicalmente la concepción, operación y dirección de las empresas, sino que están llegando a modificar sustancialmente el entorno y los escenarios presentes y futuros en casi todos los órdenes, cuestionando todos los conceptos, incluso el de la soberanía nacional.

En éste contexto caben distintas preguntas, como por ejemplo, ¿cuáles serán las consecuencias para las actuales universidades? ¿Cuál será el tipo de competencias que demandará la globalización a cinco, diez o quince años? ¿Para qué contexto formaremos nuestros universitarios? ¿Cuáles serán los retos a los que el país tendrá que dedicar sus mayores esfuerzos y sus mejores recursos?.

Uno de los fenómenos más interesantes de estos años es el desplazamiento, por fuera de las universidades, del centro gravitacional de la producción de ciencia y tecnología. Esto hace más urgente a la universidad repensarse y adoptar aquellos cambios que le garanticen su permanencia en el largo plazo.

Existe cierto consenso en que la forma de hacer ciencia que ha existido hasta hoy no prevalecerá por muchos años más. En lo que hasta ahora no hay consenso es en la forma en que por lo tanto se va a hacer la ciencia. Sólo se avanzan algunas hipótesis relacionadas con los grupos virtuales, unidos solo por el trabajo sobre un mismo objeto o sobre una misma acción. Parece que la producción científica se aleja de los centros universitarios y ello de por sí es lo suficientemente fuerte para requerir nuestra preocupación, máxime si en el horizonte de corto plazo existen suficientes elementos que nos indican la fragilidad de la permanencia de las universidades públicas.

Si uno de los elementos determinantes de la globalización es la competitividad, ello qué significa para las universidades?, ¿será que ellas son ajenas a estos procesos?, ¿será que la acreditación se puede asumir como una de las respuestas desde la academia a la competitividad?, ¿será que las universidades pueden eludir las respuestas frente a la necesidad de hacer las cosas cada vez con mayor calidad, con mejores efectos, con los costos adecuados, con la cobertura y el alcance necesarios para que sus acciones sirvan a una amplia comunidad local que se reconoce en la globalidad?.

Las tendencias del mercado a consolidar la posición de la demanda como la herramienta fundamental para determinar la validez de un bien o un servicio y a la larga de una empresa, nos deben hacer pensar que las universidades también tendrán que someterse al tamiz de los requerimientos de ese mercado y validarse en la competitividad. Pero sin lugar a dudas esta discusión tiene que hacerse bajo múltiples perspectivas, como por ejemplo sobre la condición y legitimidad de la universidad pública y su papel en una sociedad fragmentada y excluyente.

Creemos que las universidades por si solas no tienen los recursos humanos, los procedimientos, ni las herramientas para responder a los retos planteados en el párrafo anterior. Por ello se hace imprescindible que la universidad se acerque, con un nuevo ritmo y con un nuevo sentido al sector empresarial, para que este le ayude a examinarse y colocarse de frente a las transformaciones que le exige su entorno y el futuro

Dentro de las tendencias a la consolidación de una economía mundial dominada por los servicios, por la agregación de valor a bienes cada vez más globales y menos dependientes de pocos centros de producción y dominación, en los cuales

el conocimiento, la ciencia y la tecnología o la inteligencia se constituyen en los determinantes de la producción y de la riqueza de los individuos y de las naciones, las universidades, tradicionalmente formadoras de la inteligencia, de la ciencia y del saber, ¿qué papel jugarán en este proceso?, ¿seguirán siendo los centros de producción de pensamiento, seguirán concentrando y formando los científicos? ¿En nuestro país qué posición están asumiendo las universidades frente a estos retos y a estos cambios? ¿Los procesos de integración horizontal y vertical, que se están dando en todos los sectores financieros, industriales y comerciales no tienen ninguna repercusión en las universidades, o las universidades son inmunes a estos procesos globales?



FOTO: JUAN DIEGO DUQUE

En este aspecto hay que responder con imaginación y audacia, y las mismas universidades tendrán que pensar en cómo agregarle valor a sus docentes y directivos, cómo insertarse mucho más directamente con la industria, cómo relacionarse mucho más con centros de pensamiento y, aún, cómo constituirse ellas en centros de pensamiento.

¿SI se podrán las universidades concebir como unidades que ofrecen bienes y servicios, que por lo tanto tienen portafolios que tienen que confeccionar, ofrecer y vender y cambiar de acuerdo a las respuestas y demandas del mercado?

¿Acaso las universidades no pueden pensar en la integración, en la unión o en la cooperación para enfrentar los retos de la demanda y de la competencia? ¿Acaso las universidades no se pueden pensar integradas a otros sectores, como por ejemplo a la industria de bienes y de servicios, pero en una dimensión mucho más allá de lo que han sido los convenios para las prácticas universitarias? ¿Acaso las universidades podrán funcionar muchos años más como autárquicamente lo han hecho hasta hoy? ¿Podrán las universidades seguir planeando a mediano y largo plazo, ausentes de considerar las amenazas y la complejidad del entorno local y global?

Las universidades deben considerarse como parte de un proceso complejo y global y asumir en su interior los modelos de análisis que se hacen en el sector empresarial. A modo de ejemplo, conviene considerar dos tipos de procesos en los cuales las universidades deben descubrir su papel, su posición y la forma de agregación de valor dentro de una cadena productiva. En el primer tipo, pensándose a sí misma como una estructura completa. La universidad debe descubrir que dentro de ella existen distintos componentes de una cadena, en la cual intervienen estudiantes, profesores, directivos y administradores académicos. Bibliotecas, medios de transmisión de datos, servicios de bienestar universitario, campos y concepción de prácticas y pasantías, etc. En toda esta cadena hay que identificar dónde y cuál es el tipo de valor que se le agrega a ese producto que podríamos llamar "profesional", qué acciones se pueden introducir en las partes de la cadena que menos valor agrega para mejorar la calidad del producto, o identificar los costos de cada uno de los componentes de la cadena en función del valor agregado, etc. Adoptar este enfoque tendrá que producir cambios en las universidades.

El segundo tipo es aquel en el cual la universidad se asume como parte de una cadena productiva en la que se encuentran sectores como el empresariado, la industria de bienes y servicios, la administración pública, etc., y donde el producto no es un "profesional", sino la sociedad; en nuestro caso inicialmente la ciudad o la región y en segunda instancia el país. En esta perspectiva se hace urgente que se mire alrededor y la universidad se acerque a aquellos sectores que vienen planteándose seriamente las formas de responder a los retos de la globalización.

En estos procesos la universidad tiene que identificar cómo están cambiando las reglas de juego tanto en el ámbito global como local, qué ventajas empiezan a emerger, qué condiciones o ventajas empiezan a desaparecer, qué efectos tendrán las nuevas características del mercado para el nicho en el cual se mueven las universidades.

Cuando una universidad identifica las reglas de juego del futuro, sin lugar a dudas le quedará más fácil establecer cual será su posición de ventaja o riesgos-cuales serán los cambios que debe adoptar para adecuarse o transformarse de tal forma que pueda responder con todo éxito a ese nuevo escenario, identificar los esfuerzos que debe hacer, señalar nuevas metas y determinar con toda claridad su rumbo.

Estamos entrando no sólo al siglo XXI, sino a la segunda década del proceso de apertura y globalización, y las acciones que se tomen en estos momentos serán determinantes para establecer la posición como sociedad frente a las demás sociedades, especialmente frente a los mismos colombianos que hasta hoy están por fuera de las oportunidades que ofrece el desarrollo. El centro de las preguntas desde la universidad por su propio futuro no se puede colocar en otro ámbito que en el de la ética, que es, al final de todo, lo que ella debe disponer como su faro.

Le compete a la universidad identificar si el momento le exige repensarse totalmente, si debe pensar en alianzas estratégicas o uniones o integraciones; si estas acciones las debe pensar y hacer con el sector universitario, o con el empresarial o con otros actores; si sus estructuras responden a los nuevos requerimientos. Será esencial que las universidades se vean dentro del panorama de la globalización y precisen si sus estrategias les permitirán sobrevivir y ser exitosas en el largo plazo.

Cada vez es más compartida la aseveración que en el nuevo milenio no habrá espacio para quienes no tengan la capacidad de cambiar y adaptarse a las nuevas reglas de juego. La universidad, antes que ofrecer una educación formal, debe prepararse ella misma para hacer en su interior un ejercicio de renovación, de adecuación, cambio y ajuste para que pueda realmente ofrecer lo que pomposamente enuncia como formación continua y avanzada.

2. El Panorama en Colombia

Como bien se sabe, al ingresar a la década de los noventa, Colombia optó por la estrategia económica definida con los términos de globalización, mundialización, apertura, competencia. Se ponía así a tono con lo que algunos teóricos de las ciencias sociales denominaron el regreso al liberalismo clásico, ahora con el eufemismo de neoliberalismo. En todo caso, se privilegió al mercado y a él se sacrificaron los logros del anterior Estado benefactor, privatizando todo aquello que fuera rentable.

En las declaraciones formales persistió la idea de que todo se hacía con afanes de

modernización pero siempre asegurando la equidad y la solidaridad social. En el terreno de la producción se ha pasado de la máquina y los procesos al conocimiento. Esta última constatación puso al país ante la evidencia de carencias y enfoques erráticos en la formación de sus recursos humanos que por tales razones no han podido responder satisfactoriamente a los nuevos encargos sociales. He aquí los cambios del sector productivo que reclaman una nueva orientación en la formación y distribución de los recursos humanos:

Muchos trabajos manuales y operativos han sido automatizados, algunos han desaparecido o se han fusionado con otros.

Nuevas ocupaciones en el sector industrial han surgido relacionadas con el diseño, la confección y la aplicación de nuevos materiales, con la programación y el control de máquinas y robots, con el control numérico computarizado y el diseño manufacturero asistido por computador.

En el sector de comercio y servicios han aparecido ocupaciones relacionadas con la logística y la distribución física de los productos comercializables, así como en el área de la administración informatizada.

En el sector agropecuario irrumpen las ocupaciones en el área de la biotecnología, el control fitoquímico, la industria agroalimentaria y el proceso de poscosecha y comercialización.

El perfil del trabajador en vez de ser fijado en términos de habilidades para desempeñar una acción, está referido a las habilidades para moverse en diferentes trayectorias laborales, de desempeñarse en diferentes procesos para intercambiar y asumir distintas tareas. Es decir, un perfil de trabajador polivalente.

Los trabajadores y egresados de las instituciones de educación superior con conocimientos muy limitados o altamente especializados, comienzan a tener grandes dificultades para interactuar en equipos interdisciplinarios o polivalentes. Mientras en el pasado importaba saber mucho de pocas cosas, e n el presente las demandas son por un trabajador que conozca de muchas cosas aunque con menos profundidad, que posea una gran habilidad de razonamiento, de análisis, de síntesis, de diseño, de uso, transferencia y adaptación tecnológica, de comunicación y de solución a problemas de manera autónoma. Con gran facilidad para conformar grupos de trabajo, esto es con una gran capacidad de adaptación a los cambios en el contexto laboral.

Simultánea y aparentemente de manera contradictoria, se encuentra el polo más productivo, que demanda trabajadores con exigentes competencias que superan la simple experiencia o la capacitación puntual, que exigen un fuerte conocimiento en las ciencias básicas, por ser ellas la base de los desarrollos tecnológicos y de su transferencia, que requieren profesionales con una visión interdisciplinaria para conectar diferentes saberes y prácticas.



FOTO: CARMEN CABRALES

Los concursos para el desempeño de un cargo en la empresa o en la industria están dejando de convocar profesionales en un área de formación específica, para exigir capacidad de adaptación al cambio, creatividad e innovación, para manejar el riesgo y la incertidumbre, para comunicarse, para una óptima valoración del trabajo y desempeño ético y para trabajar en equipo.

Los cambios en la distribución del empleo, especialmente en los países de América Latina, en los que un buen número de unidades productivas son microempresas o pequeñas y medianas empresas, están presionando para que el sistema educativo deje de focalizarse en la consecución de empleo y a cambio se fortalezca la empleabilidad, la generación de empleo, la creación de nuevas empresas. Esto requerirá fortalecer el espíritu empresarial y emprendedor en todos los niveles de formación, entregar herramientas de gestión y administración.

La rápida y fuerte incorporación de tecnologías al proceso productivo, están demandando una preparación en gestión tecnológica: en compra, venta, transferencia, negociación, en política sobre ciencia y tecnología, en planeación estratégica de la tecnología."¹

De otro lado, los requerimientos de corto y mediano plazo están demandando el rediseño de las instituciones de nivel universitario de tal modo que puedan responder a las exigencias en este momento de la historia del país, pues las circunstancias nos imponen el deber de contemporizar las propuestas académicas con las necesidades del país y colocarlas en un ambiente adecuado, dotado de características particulares que produzcan un resultado singular, de especial calidad humana y gran sensibilidad social.

Paralelo a comprobar que nuestras universidades sólo marginalmente han identificado este panorama y que tímidamente empiezan a responder con lo que a ellas les compete, constatamos claramente que en esta década se multiplicaron en el país las universidades y los programas, tanto a escala técnica y tecnológica como profesional, pero parece que para desventura nuestra ha sido para agravar más el panorama del desempleo profesional, del desajuste entre la oferta y la demanda laboral, de la incompetencia entre los profesionales que emergen frente los requerimientos que está presentando el mercado, para profundizar la frustración de miles de nuevos profesionales sin posibilidad de ocupación en su campo, para evidenciar la exclusión, que desde las mismas universidades se ha venido profundizando, entre otras implicaciones.

En esta última década, los cambios y ajustes originados en factores externos coincidieron con la promulgación de una nueva constitución política, la cual en estos días está cumpliendo sus primeros diez años. Y nuevamente aparece la duda sobre las respuestas o acciones de nuestras universidades a los cambios que el ideal de sociedad plasmado en la nueva constitución preveía.

Una nueva constitución para un país plagado de viejos problemas, aparentemente irresolubles, cada vez enfrentado a múltiples y complejas situaciones, demanda, por lo menos de sus universidades, respuestas nuevas, creativas, inteligentes y audaces. Pero patéticamente tenemos que aceptar que son los intelectuales de otros países los que nos hacen las preguntas que nosotros deberíamos habernos hecho hace tiempo, pero aun hoy no las reconocemos y mucho menos, tenemos las respuestas. Por ejemplo, de acuerdo con Alain Touraine, (en entrevista publicada en El Espectador, 15.01.01) el problema básico de Colombia "es que no tiene las respuestas para los problemas graves que como sociedad posee".

1. Amaya Ochoa, Graciela, La Universidad: Futuro de la Sociedad. En, Seminario Internacional de Filosofía de la Educación Superior. Memorias, Universidad de Antioquia, Universidad de Antioquia, s.f., págs.29 -30.

Así entonces, evidenciamos que nuestras universidades siguen ajenas a los grandes problemas locales, regionales y nacionales, siguen divorciadas de las necesidades y retos de la vida cotidiana, siguen dentro de su campana de cristal invirtiendo enormes esfuerzos tanto económicos, como humanos, en discusiones que no le interesan a nadie por fuera de la misma universidad y aun en muchos casos, *enfrascadas en debates sobre tópicos que involucran solo a algunos sectores dentro de la misma universidad.*

Este panorama empieza a configurar dos escenarios. En uno de ellos las instituciones universitarias, especialmente las estatales, comienzan a perder su legitimidad social, cultural y política. Esa pérdida de legitimidad institucional va paralela al desinterés que la sociedad tenía en ellas y por lo tanto se empiezan a identificar como una pesada carga para esa sociedad en donde van moldeando unas condiciones, en las cuales el cierre de las mismas no perjudica sino a quienes la convirtieron en su fuente de subsistencia.

El otro escenario es que las personas que hacen parte de esa institución asuman el reto de hacer los cambios que deban realizarse para legitimar institucionalmente a la universidad, y ello supone que desde el interior se identifiquen, planifiquen y ejecuten los cambios que lleven a dar el salto que el momento histórico y la sociedad están demandando. Solo en este escenario es posible pensar la permanencia y vigencia de la universidad y ello lo determina la sociedad a la cual se corresponde. Esto entonces, nos lleva a hablar de la creación de una "nueva universidad".

Esta nueva universidad debe, entre otras cosas, responder a múltiples problemas y retos, como por ejemplo deberá estar orientada a formas académicas novedosas, proyectadas hacia el siglo XXI, que le permitan el reto de contribuir de manera efectiva al cambio de las estructuras y el desarrollo nacional mediante la formación de estudiantes de sólida integridad personal, destacada capacidad profesional y de gran sentido de pertenencia para con la institución, la región y el país. Debe asumir como un problema suyo las necesidades relacionadas con el desarrollo local y regional, con los procesos de constitución de nuevos ciudadanos y de nuevas ciudades, con los problemas asociados con la exclusión social, con la pobreza y la miseria, con los compromisos de brindar a grandes sectores sociales oportunidades y posibilidades.

Para el logro de estos objetivos debe tenerse en cuenta la importancia no solo de una sólida estructura académica, sino de un adecuado entorno curricular que favorezca de una parte el crecimiento integral de sus estudiantes y, de otra, la consolidación de la imagen institucional. En este aspecto debe entenderse el

currículo en su sentido más amplio, como un entorno, como un ambiente tanto académico como vivencial; de esta forma el campo de acción de la academia trasciende en mucho la referencia de los planes de estudio y se extiende a aspectos tan fundamentales en la educación moderna como el bienestar universitario, y la consolidación de una consistente imagen institucional. Debe, además, abrirse al medio que le rodea, integrarse a esa sociedad. Reconocerse con ella y empezar a hablar el mismo lenguaje, tanto para que esa sociedad la entienda, como especialmente para que la universidad entienda a su sociedad y pueda ser objeto de su apropiación, respaldo y protección.

BIBLIOGRAFÍA

Amaya Ochoa, Graciela. La Universidad: Futuro de la Sociedad. En: Seminario Internacional de Filosofía de la Educación Superior. Memorias. Universidad de Antioquia, Medellín (sin más datos).

Touraine, Alain. Entrevista publicada en El Espectador. Enero, 1 de 2001 (sin más datos).